LUCES, SOMBRAS Y DESAFÍOS DE LA LITURGIA EN AMÉRICA LATINA

*A 50 años de promulgación de la Sacrosanctum Concilium*

**INTRODUCCIÓN**

El próximo mes de diciembre, exactamente el 4 de diciembre de 2013, celebraremos los cincuenta años de promulgación de la Constitución sobre la Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, y con ello, el inicio de la reforma litúrgica más grande que ha tenido la Iglesia.

América Latina, ha sido la Iglesia que con mayor prontitud y empeño, acogió el Concilio Vaticano II y su reforma litúrgica. No sólo a través de sus cuatro Conferencias Episcopales Latinoamericanas (Medellín, Santo Domingo, Puebla y Aparecida), sino también a través del trabajo realizado por las Comisiones Episcopales de Pastoral Litúrgica de todo el Continente, coordinado por el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)[[1]](#footnote-2).

Recientemente, del 3 al 7 de diciembre de 2012, se realizó el Encuentro de Comisiones Episcopales de Pastoral Litúrgica, de las regiones Centroamérica-México y El Caribe, con motivo del Año de la Fe y la conmemoración de los 50 años de la *Sacrosanctum Concilium*.

La finalidad fue: 1) Conocer la situación actual de la Liturgia y su pastoral en América Latina y El Caribe; 2) Tomar conciencia de la importancia que tiene la Liturgia como alimento y expresión de la fe de los fieles; y, 3) Mirar y enfrentar los desafíos que nos plantea en el ámbito litúrgico nuestra realidad y la Nueva Evangelización.

Por medio de la presente exposición, quiero compartir de manera sintética la respuesta a dos interrogantes: la primera, ¿Cuáles son las luces y sombras de la pastoral litúrgica en nuestro Continente, a cincuenta años de la reforma litúrgica del Vaticano II? Y segunda, ¿Qué liturgia exige nuestra realidad y la propuesta pastoral (la Misión Continental) de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, en Aparecida, entendida como una forma de Nueva Evangelización?

**I. LUCES Y SOMBRAS**

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
| **ESTRUCTURAS** | | |
| *A. Luces* | *B. Sombras* | |
| 1. En la mayoría de los países se han establecido las comisiones de liturgia o pastoral litúrgica nacional y en algunos también diocesanas y parroquiales. 2. En algunos países hay comisiones de pastoral de santuarios, arte sagrado, música litúrgica y bienes culturales, a veces integradas a la comisión de liturgia, a veces como comisiones aparte. 3. Se han creado asociaciones de liturgistas en algunos países. 4. En algunas diócesis se ha restablecido el diaconado permanente con éxito. | 1. En comisión de liturgia, ni siempre se apoya el trabajo de la comisión de liturgia por parte de los obispos o presbíteros. 2. No siempre hay armonía entre la pastoral litúrgica y la pastoral de los santuarios, el uso del arte sagrado y música litúrgica. 3. En países pequeños o regiones con pocos liturgistas se ha hecho difícil crear asociaciones o encuentros de liturgistas para renovarse, compartir conocimientos, etc. 4. Sigue siendo necesario evaluar la formación y aportación de los diáconos permanentes a la pastoral diocesana y particularmente a su ministerio litúrgico. 5. En algunos lugares se vive del culto y por tanto se multiplican a veces las celebraciones por razón pecuniaria y no por la razón de ser verdadera de la liturgia. | |
| **FORMACIÓN** | | |
| *A. Luces* | | *B. Sombras* |
| 1. Desde la *SC* y el *Catecismo de la Iglesia* tenemos un concepto o definición más clara de la liturgia. 2. Se han revisado los currículos de liturgia de los seminarios y otras instancias formativas eclesiales. 3. Han aumentado las instancias de formación para ordenados y laicos. 4. Se han publicado los libros litúrgicos renovados. 5. Se producen muchos subsidios que ayudan a realizar las celebraciones. 6. Ha crecido la conciencia sobre la importancia de la inculturación. 7. A partir del Concilio Vaticano II se ha revalorado grandemente la Palabra de Dios. | | 1. Algunos no han renovado su concepto sobre la liturgia y la siguen viendo como ceremonia o rubricismo o se confunde liturgia con animación. 2. La renovación de currículos no siempre va en armonía con la forma en que se celebra en los seminarios e institutos. 3. Falta un plan de estudio que dirija mejor las instancias de formación litúrgica (fomentar la teología litúrgica) y una fuerte promoción que haga que muchos más la aprovechen. 4. Muchos no conocen plenamente el contenido de los libros litúrgicos y a falta de formación se dan arbitrariedades o modas en la celebración por parte de los sacerdotes u otros agentes de pastoral. 5. No siempre se aprovechan los subsidios preparados. 6. A veces a falta de formación y conocimiento verdadero sobre lo que es la liturgia se hace una falsa inculturación. 7. A veces se relega la pastoral litúrgica vs. la pastoral de la Palabra. |

|  |  |
| --- | --- |
| **PASTORAL** | |
| *A. Luces* | *B. Sombras* |
| 1. La liturgia ha recuperado su sentido original como celebración del Misterio Pascual, cumbre de la historia de salvación. 2. Gran cantidad de documentos emanados del Magisterio sobre lo que es la liturgia. 3. Darnos la posibilidad de una participación directa en la celebración buscando conocer y acercarse al Misterio, particularmente a través de una serie de ministerios que se han desarrollado especialmente para los laicos. 4. El interés creciente en los temas de liturgia, tanto en los laicos como en los miembros del clero. 5. Liturgias más vivas, con ritos más simples y en la lengua vernácula. 6. Una presencia creciente de la Palabra de Dios en la celebración de la Iglesia. 7. El Magisterio y los documentos del Episcopado Latinoamericano –hasta antes de Aparecida- han tratado con gran cuidado el tema de la piedad popular. 8. La piedad popular es un terreno fértil para dar el paso a una verdadera iniciación litúrgica, incluso se nota un mutuo enriquecimiento entre la piedad popular y la liturgia. 9. En algunas ocasiones los recursos electrónicos-tecnológicos pueden ser de gran ayuda para que la asamblea se integre en la celebración. | 1. Existencia de una cierta división eclesial provocada por incomprensión de lo esencial de la liturgia. 2. Falta una suficiente confianza en que la eficacia de la liturgia depende en primer lugar de la acción de Dios y no de los recursos humanos. 3. No se ha logrado una verdadera integración entre las dimensiones de la pastoral: kerigma, catequesis, liturgia, testimonio, comunión, etc. Se sigue pensando más en áreas que en dimensiones. 4. Falta de conocimiento y comprensión de la reflexión eclesial en torno a la liturgia. 5. Exceso en la delegación, por ejemplo en la catequesis preparatoria a los sacramentos. 6. La incomprensión de lo fundamental de la liturgia ha llevado a desarrollar una creatividad mal entendida. Esto ha provocado el establecimiento de costumbres que no son fáciles de desarraigar. 7. El Documento de Aparecida no trata con suficiente equilibrio el tema de la piedad popular. Se ve de manera ingenua y asistemática manipulando incluso las palabras de Benedicto XVI. 8. Si no se tiene cuidado, la piedad popular puede terminar haciendo que la liturgia sea un simple elemento decorativo. 9. Los recursos electrónico-tecnológicos pueden ser un elemento distractor que impida o dificulte a la asamblea su integración en la celebración. |
| **CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS** | |
| *A. Luces* | *B. Sombras* |
| 1. Creciente participación en la Eucaristía. 2. Mayor presencia de la homilía en las distintas celebraciones litúrgicas. 3. Los sacramentos siguen siendo una ocasión festiva en la vida de los cristianos. 4. Se ha extendido la conciencia respecto de la dimensión eclesial-comunitaria en la celebración de los sacramentos, que además son vistos con seriedad y respeto. | 1. Falta de unidad de criterios en cuento a la comprensión y vivencia de la iniciación cristiana. 2. En algunas personas y sectores prevalece el individualismo en la celebración de los sacramentos. 3. Descenso del número de fieles que se acercan a recibir los sacramentos: Reconciliación, Matrimonio. 4. Poca disponibilidad de los sacerdotes para la celebración de la Reconciliación y la Unción de los enfermos. 5. Pobreza en cuanto a la homilética, a pesar de la multiplicación de los subsidios. 6. Resistencia de los fieles laicos para entrar en los procesos de preparación a los sacramentos. |

**II. DESAFÍOS**

“Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos, en Él, tengan Vida”. Este fue el propósito que guio a los participantes en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunidos en la ciudad de Aparecida, Brasil, en el año 2007. En línea de continuidad, en este cuatrienio del CELAM (2011-2015) nuestro propósito es promover en la Iglesia de América Latina y El Caribe, con sus Conferencias Episcopales, la VIDA PLENA y la COMUNIÓN MISIONERA mediante el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, a fin de vivir un auténtico discipulado misionero que responda a la vocación recibida y comunique, por desborde de gozo y gratitud, la vida plena de Jesucristo, Palabra del Padre, por la acción del Espíritu Santo.

En el período anterior, a la luz de Aparecida y con las Conferencias Episcopales, se puso en marcha, la “Misión Continental”, bien sea a nivel diocesano, nacional o latinoamericano. El reto que tenemos ahora es que este impulso misionero se convierta en la pastoral ordinaria de la Iglesia que peregrina en Latinoamérica y El Caribe; de este modo, la Misión Continental se convertirá en “Misión Permanente”.

La Misión Continental pone a las comunidades de la Iglesia ante una oportunidad extraordinaria: la de volver en todo a la novedad de una Iglesia misionera, a los grandes valores y criterios del Evangelio, Buena Noticia de Jesucristo ofrecida al mundo, y a lo mejor de nuestras tradiciones eclesiales.

En el ámbito litúrgico es necesario, en esta perspectiva, reafirmar los principios de la profunda renovación que se produjo con la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, junto con escuchar atentamente la voz de los signos de la hora actual.

Cuando hablamos de liturgia, pensamos sobre todo en los sacramentos de la iniciación (bautismo, confirmación y eucaristía), tan claves en el ámbito de la misión, y también en los demás sacramentos, sobre todo la reconciliación, que debe ser recuperado y celebrado como el sacramento del encuentro con un Dios que nos urge a la coherencia cristiana y un Cristo misericordioso y cercano a cada discípulo misionero; y el sacramento del matrimonio, que es el inicio de la familia cristiana, semilla de renovación y de vocaciones para la Iglesia y el continente.

Pero pensamos también en toda esa enorme y multiforme riqueza de las celebraciones de la piedad popular, tan importantes y frecuentes en nuestro continente, y a través de las cuales, por falta de ministros ordenados, la fe de millones de creyentes se alimenta más frecuentemente que a través de la acción sacramental de la Iglesia.

Para que la conversión pastoral afecte positivamente a la liturgia, es necesario caminar hacia las fuentes, evangélicas y tradicionales, que constituyen la clave de una liturgia “*semper reformanda*”. Proponemos tres caminos para la liturgia de la Misión Continental: 1*.* ***Hacia una liturgia “encuentro” con Jesucristo vivo****; 2.* ***Hacia una liturgia comunitaria y fraterna****; y 3.* ***Hacia una liturgia significativa****.*

**1. HACIA UNA LITURGIA “ENCUENTRO” CON JESUCRISTO VIVO**

El Documento de Aparecida nos dice que la eucaristía es **lugar de encuentro** con el Señor; no dice que sea el único lugar para encontrarnos con Jesucristo, sino que es un **lugar privilegiado**, porque allí tenemos la certeza de encontrarnos con Él. Superamos el subjetivismo de encontramos con nosotros mismos y de escucharnos sólo a nosotros. En la eucaristía nos encontramos con el Otro, con mayúscula, que es Dios. Él nos dirige allí su Palabra, a través de la voz de diversos hermanos de la comunidad, y se nos entrega como "Pan de Vida y Bebida de Salvación".

Pero no sólo nos encontramos con “el Otro”, Dios, sino también con los otros, nuestros hermanos y hermanas reunidos en la asamblea litúrgica. Con ellos formamos una sola comunidad a pesar de nuestras diferencias, un solo cuerpo que es el "Cuerpo de Cristo". La cabeza de ese cuerpo es Jesucristo. El cuerpo no puede vivir sin la savia que viene de su Cabeza, que es la Palabra y el Pan de Vida. La eucaristía es, en esa perspectiva, cuestión de "vida o muerte" para ese Cuerpo de Cristo que somos. Sin alimento no hay fuerzas, ni sentido, ni ganas de vivir.

El cuerpo necesita de un lugar para estar, verse, encontrarse y alimentarse, y ese lugar es la eucaristía. Le llamamos entonces, **lugar privilegiado**, porque es una "fuente inagotable" para nuestra vida de cristianos.

Todo esto, que se afirma de la eucaristía, que es la liturgia por excelencia, se puede afirmar también de los demás seis sacramentos, de los sacramentales, de la liturgia de las horas y de toda la riqueza celebrativa del año litúrgico y la piedad popular. La liturgia, “ejercicio del sacerdocio de Cristo”, cabeza y cuerpo, es el lugar y el momento más intenso de encuentro, diálogo y comunión de la Iglesia con el Señor.

**Tres tareas principales**

Todo cristiano católico está ante tres tareas fundamentales, en las que las diversas instancias catequísticas juegan un papel fundamental:

1. como creyente, ***formarse*** en la dimensión mística de la liturgia, y en una vivencia de la misma que sea siempre consciente de la iniciativa y presencia de Dios, por medio de la gracia santificante, en toda celebración de la fe.
2. como discípulo, ***vivir*** la liturgia, especialmente la eucaristía, como encuentro central con Cristo, tanto *personal* como *eclesial*, para fortalecer allí su fe y su compromiso;
3. y como misionero, ***conducir*** a sus hermanos hacia una vivencia de la liturgia y de la eucaristía en la que también ellos se encuentren con Cristo vivo y se nutran de su gracia.

**Para vivir la liturgia como encuentro con Cristo**

*La liturgia es encuentro sacramental*

En la liturgia, el encuentro comunitario está en esencial relación con el encuentro personal de cada cristiano con el Señor. Este encuentro tiene su culminación en la comunión eucarística sacramental. Por eso, no da lo mismo comulgar que no hacerlo. Esto, que hoy nos resulta evidente, no siempre lo fue. La historia de la liturgia conoce épocas en las que comulgaba sólo el sacerdote que presidía y, a veces, algunos fieles, que además lo hacían una vez terminada la misa, en un altar lateral. Comulgar con las especies eucarísticas es entrar en la máxima comunión con el Señor. Es celebrar el sacramento de la eucaristía en su plenitud. Toda celebración eucarística debería tender a que la asamblea comparta el Pan que es Cristo.

La catequesis puede contribuir mucho a esto, no sólo formando en la importancia de la participación en la eucaristía, sino también en la regular celebración del sacramento de la reconciliación y, en general, de la importancia de la conversión permanente y la dimensión penitencial de la vida cristiana.

*La liturgia es escuela de discipulado*

En la liturgia descubrimos nuestra capacidad de llevar el Evangelio a todos los espacios de nuestra vida y reconocemos la dimensión misionera de nuestra comunidad. Participar de la liturgia fortalece al discípulo misionero. Por el bautismo, todos somos hermanos; hermandad que se hace visible cuando compartimos el pan en la eucaristía. Por eso, ser hermanos implica vivir fraternalmente, es estar siempre atento a las necesidades de los más débiles (DA 349). La vida nueva en Cristo es participación en la vida de amor de Dios Uno y Trino: participación que tiene su culminación en la comunidad con los hermanos celebrando la eucaristía (DA 357).

*La liturgia renueva permanentemente nuestra vocación cristiana*

Nuestra vocación cristiana nace del bautismo, se sella con la confirmación y se nutre de la eucaristía. Pareciera que son tres sacramentos distintos, pero la verdad es que los Sacramentos de la Iniciación Cristiana (bautismo, confirmación y eucaristía) no son sino uno solo. Los tres en conjunto nos comunican a Dios, recibimos su Espíritu de santidad. Dos de ellos los recibimos una sola vez en la vida, pero entre tanto, es la eucaristía, el más grande de ellos, la que renueva constantemente nuestro bautismo y nuestra confirmación. En cada eucaristía nuestra vocación cristiana recibe un nuevo impulso, y vamos descubriendo día a día, lo que el Señor quiere de nosotros.

La Misión a la que nos llama Dios y nuestros Obispos en Aparecida necesita de hombres y mujeres convencidos y convincentes. Esa convicción nace desde el corazón del cristiano, cuando ha entendido que está llamado por Dios a la santidad y al servicio. San Pablo nos dice en la Primera Carta a los Corintios que "en cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común". Los dones que recibimos del Espíritu son para el bien común y nuestros hermanos necesitan de nuestro aporte personal. Por eso nos urge la misión que tenemos, no sólo porque nos lo pidan desde fuera, sino que desde dentro de nosotros brota la necesidad de comunicar la Buena Noticia de Jesús a nuestros hermanos.

*Coherencia litúrgica que lleve a una “vida eucarística”*

El encuentro con Cristo en la liturgia, particularmente en la eucaristía, no se improvisa. Cada celebración de la fe está inmersa en el conjunto de la vida cristiana, precedida por nuestra adhesión a Cristo y al Evangelio, por la catequesis, por la vida familiar, por la oración y el compromiso cotidiano. Si la liturgia es cumbre, supone que el cristiano llega con toda su vida a celebrarla, con todo lo que es y quiere ser.

Al mismo tiempo la liturgia continúa en la vida. La cumbre se transforma en fuente. El encuentro suscita y desencadena un incremento, una profundización, un cambio cualitativo en la vida del creyente: lo impulsa a una vida “en Cristo”, como dice san Pablo, o a una "*vida eucarística*", como han destacado los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI. “Vida eucarística” es, en el fondo, un sinónimo de auténtica vida cristiana; esa que llama al discípulo misionero a comprometerse entero y en todo momento, con su mente, su corazón y sus fuerzas, en la misión de Cristo.

Por eso, la vida eucarística exige la *coherencia eucarística*, de la que habla Benedicto XVI en *Sacramentum caritatis 83*. Y bien se puede decir que esa coherencia eucarística tiene por fundamento la coherencia litúrgica: ni aún la recitación de un silencioso rosario escapa al imperativo de la búsqueda permanente de una vida cristiana fiel en todas las dimensiones de la existencia.

**2. HACIA UNA LITURGIA COMUNITARIA Y FRATERNA**

**Una liturgia de comunión eclesial**

Pocas ocasiones nos hacen tomar tan viva conciencia de ser “Iglesia” (*ecclesía*: asamblea) como la celebración de la eucaristía. Ya el edificio litúrgico, que acoge a los fieles dispersos en torno a la centralidad del altar eucarístico, simboliza la Iglesia, a tal punto que al mismo edificio lo llamamos “iglesia”. En la celebración eucarística, la Palabra que convoca y une los corazones creyentes en una misma escucha y una misma respuesta, el canto que une las voces en una sola alabanza, todo contribuye a favorecer el encuentro eclesial, y de la Iglesia con su Esposo, Jesucristo. La eucaristía es, para muchos cristianos, el gran encuentro regular con Cristo y su única experiencia de formar parte de la Iglesia.

La liturgia es de la Iglesia. De allí la permanente insistencia del magisterio en dos puntos:

1. Que ningún ministro o comunidad se “adueñe” indebidamente de la liturgia, celebrándola según criterios y opciones subjetivas y particulares.
2. Que se tenga una permanente atención a aquello que constituye la “unidad sustancial” del rito romano, es decir, aquella estructura, forma y eucología propia de la liturgia romana, que permite celebrarla con un alto grado de comunión en pueblos y naciones muy diversos, salvadas las particularidades propias de cada cultura (sobre todo notoria en la lengua, la música y la estética espacial y ornamental).

Este anhelo de comunión está por su propia naturaleza, en cierta tensión con la enculturación de la liturgia, pero esa tensión no le quita ni debiera quitarle nada de su importancia. La unidad sustancial del rito romano es un signo de la profunda comunión eclesial que se verificará plenamente en el Reinado de Dios, en esa “liturgia celestial” de la cual cada celebración nuestra es un pequeño adelanto profético.

**Una liturgia participativa**

La “*participatio actuosa*” que fue uno de los pilares de la reforma litúrgica del Concilio, en línea con el trabajo del Movimiento litúrgico de la primera mitad del siglo XX, sigue siendo una tarea principal de la formación litúrgica del pueblo de Dios. En la participación de cada fiel en la liturgia, no sólo aquella interior, necesaria para un verdadero encuentro con Cristo, sino también en aquella exterior, que se da por medio de sus respuestas en las partes dialogadas, del canto, de la oración de los fieles, de la oración recitada en asamblea, de los gestos comunes, de los servicios litúrgicos encomendados, se verifica la comunión de la Iglesia en una única alabanza.

Para la catequesis esto implica una cuidada formación no sólo en las disposiciones interiores de cada fiel, sino también en la enseñanza de todo lo que les permita hacer visible la participación en la celebración litúrgica, para ser una sola voz y un solo corazón en esa alabanza eclesial.

**Una liturgia fraterna**

La liturgia, y muy en especial la eucaristía, es la mejor escuela para fortalecer la vida fraterna y la comunidad (DA 158, 175, 175a). Es sacramento de la caridad; en ella se vive aquello del Salmo 133,1: “Vean: ¡qué bueno, qué grato convivir los hermanos unidos!”.

Las descripciones de la primera comunidad cristiana que hacen los *Hechos de los Apóstoles* en los capítulos 2 y 4 revelan la íntima relación entre eucaristía y vida fraterna. El encuentro de los discípulos en torno a la mesa de la fracción del pan era una escuela de hermandad y de solidaridad de unos con otros. Sólo celebrando el sacramento de la entrega radical de Jesucristo por amor a la humanidad, aprendemos también nosotros a des-centrarnos, a vivir para los demás, a salir de nuestro egoísmo y vivir como hermanos.

La acogida es clave en nuestras asambleas, a menudo impersonales y marcadas con un secular individualismo en la vivencia litúrgica. Acoger al que llega por primera vez a celebrar con nosotros, integrarlo a una comunidad viva de hermanos y hermanas que juntos son y forman la Iglesia, es hacer justicia al espíritu originario de los discípulos misioneros del Señor.

**Una liturgia que impulse a construir un mundo de hermanos**

El esfuerzo por ser pan para los pobres y necesitados, a empeñarse, de acuerdo a sus posibilidades y talentos, a trabajar por una sociedad en la que se vivan los valores del Evangelio, es insoslayable para una auténtica vivencia de la liturgia cristiana. Así se responde a la crítica profética: “misericordia quiero, no sacrificios” (Os 6,6), y al espíritu de Jesucristo, que privilegió siempre la justicia y la fraternidad al cumplimiento ritual: si hay un quiebre con el hermano, primero es la reconciliación y luego la ofrenda (Mt 5, 23-24).

El Papa Benedicto ha subrayado en la Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis* esta insoslayable dimensión de la eucaristía: “El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. La oración que repetimos en cada santa Misa: « Danos hoy nuestro pan de cada día », nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los países en vías de desarrollo. El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta a la caridad y a la justicia” (*Sacramentum caritatis 91*).

**3. HACIA UNA LITURGIA SIGNIFICATIVA**

Finalmente, parece necesario transitar hacia una liturgia **significativa**: que sea expresión auténtica y fructífera de una relación viva con el Señor, personal y comunitaria, expresada ritualmente por signos, gestos y palabras. La importancia que en los últimos tiempo se ha dado al *arscelebrandi[[2]](#footnote-3)*es un signo claro del deseo de tener en la Iglesia liturgias más significativas, mejor presididas y celebradas.

**Una liturgia significativa**

“Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se le devolverá su sabor?” (Mt 5, 13). La comparación se puede muy bien aplicar a la liturgia. Si ella se vuelve *in – significante,* sin sentido para la vida de los creyentes, ¿cómo devolvérselo? La falta de formación litúrgica, la vivencia sacramental rutinaria y ritualista, poco regular y pasiva, son los peores enemigos de una liturgia significativa. Hay que devolverle a la liturgia su carácter originario, de expresión viva de la fe un pueblo creyente y peregrino.

Para eso hay que reforzar lo que es previo a la liturgia: el anuncio y la catequesis. Como dice *Sacrosanctum Concilium 9*, “para que los hombres puedan llegar a la Liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión: ¿Cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? (Rm 10,14)”.

La liturgia exige, primero, la fe; de lo contrario estaría vacía de su contenido esencial: creer y celebrar el misterio pascual de Cristo. Esa fe, despertada por el anuncio, crece y se fortalece en la catequesis general. Pero no basta con creer; para celebrar bien también es necesario conocer la liturgia: su sentido, sus signos, sus fiestas, sus ritmos temporales, su diversidad. La buena celebración exige la catequesis directamente litúrgica, tal como lo indica *Sacrosanctum Concilium 35,3[[3]](#footnote-4)*. Esa catequesis puede formar parte de otros momentos catequísticos, o bien realizarse, extraordinaria y brevemente, durante la misma celebración litúrgica.

Para ser ese auténtico lugar de encuentro con Jesús, de acuerdo a la afortunada imagen de los padres reunidos en *Aparecida*, la liturgia supone todo este trabajo previo de adhesión a Jesucristo, al Evangelio, a la Iglesia. Supone amar y conocer la liturgia, tanto quien preside como quien celebra. Y eso va de la mano de la catequesis.

**Catequesis mistagógica**

Sin embargo, el esfuerzo por lograr una liturgia significativa no prospera sin una atención a la vivencia interior de cada cristiano. Y esa vivencia interior se forma por medio de lo que desde antiguo se llama la catequesis mistagógica. Vale la pena transcribir aquí por entero lo que el Papa Benedicto XVI dice al respecto en la Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, referido a la eucaristía, pero aplicable a la liturgia en su conjunto[[4]](#footnote-5):

“La gran tradición litúrgica de la Iglesia nos enseña que, para una participación fructuosa, es necesario esforzarse en corresponder personalmente al misterio que se celebra mediante el ofrecimiento a Dios de la propia vida, en unión con el sacrificio de Cristo por la salvación del mundo entero. Por este motivo, el Sínodo de los Obispos ha recomendado que los fieles tengan una actitud coherente entre las disposiciones interiores y los gestos y las palabras. Si faltara ésta, nuestras celebraciones, por muy animadas que fueren, correrían el riesgo de caer en el ritualismo. Así pues, se ha de promover una educación en la fe eucarística que disponga a los fieles a vivir personalmente lo que se celebra. Ante la importancia esencial de esta *participatio* personal y consciente, ¿cuáles pueden ser los instrumentos formativos idóneos?

A este respecto, los Padres sinodales han propuesto unánimemente una **catequesis de carácter mistagógico** que **lleve a los fieles a adentrarse cada vez más en los misterios celebrados**. En particular, por lo que se refiere a la relación entre el *ars celebrandi* y la *actuosa participatio*, se ha de afirmar ante todo que «**la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada**». En efecto, por su propia naturaleza, la liturgia tiene una eficacia propia para introducir a los fieles en el conocimiento del misterio celebrado. Precisamente por ello, el itinerario formativo del cristiano en la tradición más antigua de la Iglesia, aun sin descuidar la comprensión sistemática de los contenidos de la fe, tuvo siempre un carácter de experiencia, en el cual era determinante el encuentro vivo y persuasivo con Cristo, anunciado por auténticos testigos. En este sentido, el que introduce en los misterios es ante todo el testigo. Dicho encuentro ahonda en la catequesis y tiene su fuente y su culmen en la celebración de la Eucaristía. De esta estructura fundamental de la experiencia cristiana nace la exigencia de un itinerario mistagógico, en el cual se han de tener siempre presentes tres elementos:

*a*) Ante todo, **la *interpretación de los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos*, según la tradición viva de la Iglesia**. Efectivamente, la celebración de la Eucaristía contiene en su infinita riqueza continuas referencias a la historia de la salvación. En Cristo crucificado y resucitado podemos celebrar verdaderamente el centro que recapitula toda la realidad (cf. *Ef*1,10). Desde el principio, la comunidad cristiana ha leído los acontecimientos de la vida de Jesús, y en particular el misterio pascual, en relación con todo el itinerario veterotestamentario.

*b*) Además, **la catequesis mistagógica ha de *introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos***. Este cometido es particularmente urgente en una época como la actual, tan imbuida por la tecnología, en la cual se corre el riesgo de perder la capacidad perceptiva de los signos y símbolos. Más que informar, la catequesis mistagógica debe despertar y educar la sensibilidad de los fieles ante el lenguaje de los signos y gestos que, unidos a la palabra, constituyen el rito.

*c*) Finalmente, **la catequesis mistagógica ha de *enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana* en todas sus facetas**, como el trabajo y los compromisos, el pensamiento y el afecto, la actividad y el descanso. Forma parte del itinerario mistagógico subrayar la relación entre los misterios celebrados en el rito y la responsabilidad misionera de los fieles. En este sentido, el resultado final de la mistagogía es tomar conciencia de que la propia vida es transformada progresivamente por los santos misterios que se celebran. El objetivo de toda la educación cristiana, por otra parte, es formar al fiel como «hombre nuevo», con una fe adulta, que lo haga capaz de testimoniar en el propio ambiente la esperanza cristiana que lo anima.

Para desarrollar en nuestras comunidades eclesiales esta tarea educativa, hay que contar con formadores bien preparados. Ciertamente, todo el Pueblo de Dios ha de sentirse comprometido en esta formación. Cada comunidad cristiana está llamada a ser ámbito pedagógico que introduce en los misterios que se celebran en la fe. A este respecto, durante el Sínodo los Padres han subrayado la conveniencia de una mayor participación de las comunidades de vida consagrada, de los movimientos y demás grupos que, por sus propios carismas, pueden aportar un renovado impulso a la formación cristiana. También en nuestro tiempo el Espíritu Santo prodiga la efusión de sus dones para sostener la misión apostólica de la Iglesia, a la cual corresponde difundir la fe y educarla hasta su madurez.”

**Una liturgia inculturada**

La liturgia no podrá ser significativa si no está convenientemente inculturada. Cada pueblo y cada comunidad tiene que hacer suya la liturgia de la Iglesia. Todo ritual adquiere vida, se transforma en liturgia, sólo cuando es utilizado por una asamblea celebrativa. Ese proceso permanente de diálogo y adaptación, es la inculturación de la liturgia.

Sus límites han quedado establecidos en la Instrucción sobre la liturgia romana y la inculturación (*Varietates legitimae,* 1994)[[5]](#footnote-6), pero el proceso de inculturación es permanente en la Iglesia y en cada comunidad. En la mayor parte de los casos se trata de adaptar la liturgia de los rituales a la identidad y a las circunstancias propias de cada país, iglesia local o asamblea. A veces, la inculturación será más profunda, cuando un rito completo adquiere características propias, como el caso de la misa de rito romano-zaireño.

El logro más visible e importante de este esfuerzo ha sido la celebración en la lengua de cada pueblo. Pero en la música y el canto, en la arquitectura del edificio-iglesia y en otros ámbitos, hay también un permanente proceso de inculturación que enriquece la única liturgia de la Iglesia, permitiendo que cada pueblo y cada asamblea la viva como propia.

**CONCLUSIÓN**

**Conclusión: «La liturgia en la Nueva Evangelización»**

**1. La liturgia como acción evangelizadora**

Todo en la Iglesia tiene que contribuir a hacer que Cristo viva en nosotros. También la liturgia debe ser evangelizadora, tiene que contribuir a que Cristo sea conocido, amado y seguido.

Una celebración auténtica, bien preparada, con un presidente de la celebración que vive lo que celebra, con buenos lectores, con una asamblea viva que participa activa, consciente y fructuosamente, puede ser más «evangelizadora», para creyentes y extraños, que muchas explicaciones doctrinales. Celebrando bien es como evangeliza la liturgia, *«la mejor catequesis sobre la Eucaristía es la Eucaristía misma bien celebrada»* (*SCa*64).

**2. La Nueva Evangelización exige la renovación litúrgica**

Siendo la liturgia parte esencial de la Nueva Evangelización, es claro que en un proceso de renovación pastoral, la liturgia también necesita renovarse. Si la evangelización, única tarea de la Iglesia, debe ser nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones, también la liturgia debe seguir ese camino de renovación.

Que la liturgia necesita un «**nuevo ardor»**, lo debemos entender en el sentido de que todos, especialmente los sacerdotes, necesitamos una verdadera mística para celebrar el Misterio pascual de una manera digna, piadosa, consciente y activa. Tener nuevo ardor es impregnarse *«totalmente del espíritu de la liturgia»* (*SC* 14). Es adquirir una nueva mentalidad, sobre todo los presidentes celebrantes, para que celebren *«con toda el alma»* (*SC* 17), de manera que también para los sacerdotes sea la liturgia la fuente primera e insustituible de su espiritualidad e inspire su acción pastoral. El nuevo ardor litúrgico, es volver al amor primero: «Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras» (Ritual de la ordenación), de manera que vivamos como verdaderos «liturgos».

**Los nuevos métodos** en la sagrada liturgia, exigen el equilibrio pastoral entre *“la sana tradición y el legítimo progreso”* (*SC* 23) y son antes que nada aprovechar pastoralmente las múltiples posibilidades que nos ofrecen el Misal y los Rituales para tener una celebración variada y participativa. Tenemos siempre el peligro de la rutina, del cansancio aún en las cosas de Dios. De ahí la importancia de hacer cada celebración con entusiasmo, con sentido de Iglesia.

**Las nuevas expresiones** en la liturgia tienen que ver fundamentalmente con la inculturación del Evangelio y con el lenguaje de los signos y de los símbolos. La liturgia es una acción, una celebración en que prevalece el lenguaje de los símbolos, que no sólo informan sino que tienen un papel mediador, comunicante, transformador. El comer y beber la Eucaristía es el lenguaje simbólico y eficaz de la comunicación que Cristo nos hace de su Cuerpo y de su Sangre, y de la fe con que nosotros lo acogemos.

Quizás más que buscar cambiar los signos y símbolos de nuestra liturgia, deberíamos entender mejor el sentido de los que tenemos y que hemos heredado del pasado.

*Pbro. Lic. Felipe de Jesús de León Ojeda*

San Juan de los Lagos, Jal.

8 de enero de 2013

1. Ocho años después de haberse promulgado los famosos Documentos de Medellín, el CELAM convocó alPrimer Encuentro Latinoamericano de Liturgia en Bogotá del 23 al 28 de febrero de 1976; el Segundo Encuentro Latinoamericano de Liturgia, organizado por el Departamento de Liturgia del CELAM (DELC), se llevó a cabo en Caracas, del 12 al 24 de julio de 1977; el Tercer Encuentro latinoamericano de liturgia, se realizó en Bogotá del 1 al 4 de agosto de 1989, para conmemorar los 25 años de la *Sacrosanctum Concilium*; del 21 al 24 de marzo de 2010, se realizó en Bogotá, el Congreso Litúrgico Latinoamericano, preparado juntamente con la Congregación del Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos. [↑](#footnote-ref-2)
2. *Cf.* Por ejemplo, *Sacramentum caritatis 38-42.* [↑](#footnote-ref-3)
3. “Incúlquese también por todos los medios la catequesis más directamente litúrgica, y si es preciso, téngase previstas en los ritos mismos breves moniciones, que dirá el sacerdote u otro ministro competente, pero solo en los momentos más oportunos, con palabras prescritas u otras semejantes” (SC 35,3). [↑](#footnote-ref-4)
4. *Sacramentum caritatis* 64. Los destacados en negrita son nuestros. [↑](#footnote-ref-5)
5. *Varietates legitimae*, Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, 25 de enero de 1994. [↑](#footnote-ref-6)